

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



A LA REVISTA DE TEATROS.

El señor Hartzembusch, poeta dramático, ha empezado á impugnar nuestros artículos insertos en los números 5.º, 6.º y 7.º de este periódico, en que hemos tratado, á su entender, con sobrada dureza á los autores modernos. Resentida sin duda por la crítica general y rápida que hemos hecho de la escena romántica española, empieza, como es natural, una oracion apasionada *pro domo sua* al rectificar nuestros numerosos errores.

Cuando acabe su tarea y para no interrumpirla, responderemos al señor Hartzembusch, aunque es triste para el que mal ó bien ha juzgado en abstracto ó bajo el punto de vista general tener que refutar, como poderosas razones, contradicciones aparentes de poca monta ó escepciones que no alteran la regla comun. Esperábamos á la verdad otro campo de batalla, pero puesto que, abandonando la impugnacion en grande que tan facil debe ser contra nuestros escritos, se ha entretenido el señor Hartzembusch en escudriñar

pequeñeces, justo será mostrarle que no son sus vidrios tan exactos como piensa.

Otro dia, lo repetimos, escribiremos mas despacio, y tal vez hagamos ver entonces al señor Hartzembusch que son mejores consejeros para impugnar sistemas defectuosos ó equivocadas opiniones el estudio y la razon fria que el amor propio de autor dramático resentido por una critica general; critica que, gracias á la pobreza de nuestros conocimientos y desgraciadamente para nosotros, debe dar ancho campo para fáciles y lucidas refutaciones.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PEREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FE-

LIXE II.

ARTÍCULO 1.º (1).

Antonio Perez nació en Monreal de Ariza. Su padre fué Gonzalo Pe-

(1) Véase la introduccion en el número anterior.

Abril 11 de 1841.

Tomo I.—10.

rez, Secretario único de Estado que sirvió durante cuarenta años al Emperador y á su hijo, sin dejar después de su muerte á su heredero otro patrimonio que el recuerdo de sus largos servicios y de su intachable probidad. Sin deslumbrarse con el brillo de su elevada posición, en la larga práctica de los negocios públicos y en su profunda experiencia de la corte había aprendido el prudente anciano á conocer los escollos del favor y la inestabilidad de los caprichos de la suerte. Retirado del foco de las intrigas palaciegas en cuanto su importante destino lo permitía, trató de enderezar por senda mas segura, si bien menos brillante y alhagadora, el porvenir de un niño que desde sus primeros años daba hartas pruebas de la precocidad de su talento y de la viveza de sus pasiones. Queriendo proporcionarle sin embargo la mejor educación que á su alcance estuviese, envióle á la Universidad de Alcalá, célebre entonces por la excelente organización de los estudios, por la calidad de los maestros y por los altos y esclarecidos personajes que acudían de todos los dominios de España á perfeccionar su instrucción. Apenas salía de la infancia y ya Antonio Perez, por consejo de su padre, marchaba á recorrer la Europa para estudiar la ciencia política en la observación de las cortes extranjeras. Con ansia y curiosidad, con una actividad inquieta propia de sus

años, con fondo de instrucción bastante para sacar fruto de sus peregrinaciones, lanzóse el joven estudiante en la senda que la protección del ministro abría á sus ambiciosos deseos. Provisto de cartas y recomendaciones para los personajes mas poderosos de los estados que habia de visitar, tuvo Antonio Perez ocasion de conocer por sí mismo la particular estructura, la administración y los recursos de las naciones, la capacidad y tendencias políticas de sus gobiernos. Bajo una fisonomía franca y abierta, bajo una apariencia de disipada alegría, ocultaba Perez una sagacidad penetrante y una ambición desenfrenada. Apenas dejó el territorio español se reveló otro mundo á sus atónitos sentidos, y abandonando para mejor tiempo la satisfacción de sus pretensiones, dedicóse únicamente al estudio, á la observación, al conocimiento de la humanidad. Su prodigiosa memoria conservaba cuanto adquiría de su inmensa lectura. En Suiza leía á Ovidio, meditaba á Horacio; y en Venecia y en Roma se deleitaba, después de escuchar con aparente modestia á los mas célebres estadistas, leyendo por las noches á Tácito y estudiando profundamente á Maquiavelo. Cuanto observaba, cuanto veía, todo el fruto de sus meditaciones era anotado y comentado en un memorandum que quemó á su vuelta. Así aquel joven tan disoluto y amable en apa-

riencia era un filósofo aplicado y observador en realidad: así con un corazón apasionado y ardiente unia el curioso viajero un entendimiento sano, un ánimo seguro y una razón fría.

Pero si bien se ensanchó con sus largas escursiones el horizonte de sus ideas, si bien su temprano talento adquirió un fondo de instrucción poco común, cierto es también que su padre no consiguió el resultado que esperaba. Creía Gonzalo Perez que tal vez la continua observación de las peripecias cortesanas y los azares del mando escarmentarian á su hijo en cabeza agena, calmando la viveza de sus impresiones y embotando con la cautela del peligro los arrebatos de su ambición. No sucedió así. No era Antonio Perez de aquellos hombres que tiemblan ante la fortuna; antes bien su audacia amaba los riesgos de una carrera aventurada, al paso que los recursos de su ingenio activo y pronto le garantizaban el triunfo. Nada de lo que observó en sus viajes pudo espantar su ánimo, porque comprendió el terreno en que se maniobraba y el arte con que se combatía. Prometiéndose á sí mismo evitar las faltas que en agenas cortes notaba desde lejos, fortificó su ambición con el estudio continuo de los resortes que levantaban y mantenian á los políticos hábiles en las gradas de los tronos; dejando en todos sus propósitos algo á la suer-

te y mucho á sus propios recursos. La afición y la curiosidad le llevaron especialmente á contemplar el variado panorama que presentaba la Italia en aquella época: la inmoralidad mas profunda y calculada era el alma de todos sus gobiernos, y Perez creyó que ciertas máximas equívocas debían ser pauta y norma de los hombres de estado, juzgando que en política el resultado siempre justifica ó condena los medios de que se usa. Florencia y Venecia fueron en su imaginación los gobiernos mas perfectos de Europa, aun cuando siempre ocultó bajo aparente franqueza sus tendencias á un maquiavelismo exagerado. Por otra parte en las civilizadas y espléndidas cortes de Italia habia contraído Antonio Perez un amor desenfrenado á las delicias del lujo y á los goces de la magnificencia: en Roma habia aprendido el valor de las artes y amaba sus producciones, mientras que, como solaz de los trabajos políticos, consideraba el mejor de los remedios las escandalosas bacanales de los senadores venecianos. Allí tambien, en las academias de los poetas, en el trato de los artistas, en las tertulias de los palacios, ornó su imaginación flexible con el tesoro de una instrucción clásica y pura, con las seducciones de las esquisitas lisonjas, con los atractivos de la cortesía y las gracias de la mas animada conversacion.

Tal era Antonio Perez cuando

después de largos años de viajes volvió á su patria en pos de sus esperanzas ambiciosas. Dedicado luego á continuar sus estudios interrumpidos, no descuidaba sin embargo el cultivo de las poderosas relaciones que le proporcionaba la antigua posición de su difunto padre. Con deudas en vez de bienes, necesitaba desplegar todos los recursos de su ingenio para poner el pie impaciente en la escala de la fortuna. Interesando en su favor á Ruy Gomez de Silva, supo captarse la amistad del mejor de los protectores. De simple page de la Emperatriz habia subido Ruy Gomez al mayor valimiento en tiempo de Felipe II. Con inmensas riquezas, con alto poder, el príncipe de Eboli no habia ensoberbecido su ánimo al compás de su elevación. Conocía los peligros de su altura y las exigencias de su puesto. Sea por sincera afición á Antonio Perez, sea porque en sus talentos y sagacidad viese el medio de conservar el favor del monarca, ó bien por tener á su lado una hechura suya, Ruy Gomez dió cuenta al rey de sus altas cualidades. Díjole en un informe que Gonzalo Perez, su antiguo secretario, habia dejado un hijo de talentos singulares y de notable experiencia, criado especialmente para su servicio, tanto por la profundidad de sus conocimientos, como por la peregrinación que le habia llevado por diversas tierras y na-

ciones, estudiando sus usos y costumbres, y envuelto siempre desde su niñez entre lo mejor y mas granado de las córtes y provincias por donde anduvo. El rey mandó entonces que fuese á palacio y el príncipe de Eboli fué su introductor.

Felipe II gustaba en gran manera de la buena conversacion: su buena memoria y sus conocimientos superiores en historia, en ciencias morales y en geografia ponian frecuentemente á prueba la capacidad y el ingenio de las personas que le rodeaban. La vez primera que recibió á Antonio Perez, le habló de sus viajes por Europa, y le hizo mil preguntas sobre la organizacion y secretos políticos de las córtes que habia estudiado en su larga ausencia. Sus respuestas exactas y respetuosas, la delicadeza de sus observaciones, la frialdad de sus juicios hicieron impresion en el ánimo del monarca, poco acostumbrado á encontrar tanto peso y madurez en una cabeza tan jóven. Sus modales atentos, la variedad de su instruccion, su lisonjera y graciosa cortesania, cautivaron la atencion del rey. Su suerte estaba segura ya: Secretario de Estado á los veinte y cinco años, cargado de favores y mercedes, recibió después cargos de la mayor importancia que aumentaron y ensalzaron su fortuna. El monarca le distinguió con su amistad personal, y en la mesa, en el coche, en sus paseos, le acompañaba constan-

temente el joven y prudente ministro.

En los primeros tiempos de su privanza, erguida su cabeza entre los personajes mas notables de la corte, caminó Perez con la sonda en la mano, con pasos cautelosos, y siguiendo en gran parte la brújula del principe de Eboli.

Ruy Gomez de Silva, anciano ya en aquella época, habia sabido sostener su valimiento por medio de una condescendencia continua, de atenciones incesantes y de un imperio nunca desmentido sobre sus pasiones. Asi habia atravesado los tiempos mas borrascosos de dos reinados, plegándose al viento que corría y dejando pasar, como la caña, la tormenta sobre su cabeza. Cortesano antes que todo, moderaba sus deseos y hasta su entendimiento al gusto del monarca, de tal manera que solia llamar la templanza del pensamiento el antidoto de la envidia real. El duque de Alba le pintaba bien cuando decia «el señor Ruy Gomez no fué de los mayores consejeros que ha habido, pero del humor y natural de los reyes le reconozco por tan gran maestro, que todos los que por aquí dentro andamos tenemos la cabeza donde pensamos que traemos los pies.» Su máxima constante era no contradecir jamás á su señor, porque nada habia, en su entender, mas peligroso que humillar con razones el entendimiento del soberano. Así mantenía su fortuna al abrigo de los

vaivenes y conservaba un favor de que no abusaba: anciano envejecido en los desengaños de la corte, solo deseaba conservar su opulenta tranquilidad en los últimos años de su vida.

Jóven, altiva y espléndida, la princesa de Eboli era el encanto de la grandeza española. Doña Ana de Mendoza y la Cerda dominaba con su belleza y con su lujo toda la sociedad de Madrid. Casada, casi contra su voluntad, con Ruy Gomez de Silva, comprendió, al poner el pié en la corte, todo el poder de su posicion y los recursos de su hermosura. En un alma como la de Felipe II el amor debia ser una pasión vehemente aunque refrenada, y la princesa conoció harto pronto la profundidad del amor que habia inspirado al rey. El cortesano marido, sobrado hábil y observador para no ser ciego, consentía de buen grado relaciones que no hubiera podido cortar sino á costa de su privanza. Tal vez fué la princesa de Eboli la única muger que tuvo un imperio positivo y constante sobre el alma de Felipe: pero obstinada y caprichosa, despreciaba la bajeza servil de los palaciegos á quienes humillaba de continuo con desdenes y desaires. Su alma vehemente y ansiosa de placeres buscaba los peligros que trajesen consigo fuertes aunque punzantes emociones. Ligera y vengativa, sacrificaba á un momento de satisfaccion ó de venganza sus mas

acertados planes y sus mas caros intereses. Con una imaginacion viva y fecunda, con talento pronto y variado, con suma delicadeza de sentimientos estrañamente conservada en su equivoca posicion, marchaba indiferentemente hacia el bien ó hacia el mal, sin abrigar orgullo por lo uno ni sentir remordimientos por lo otro. Dispuesta siempre á ceder á la fuerza de sus primeras impresiones, disimulaba sin embargo con tanta habilidad en ciertos casos que sus mas allegados amigos y sus mas antiguos servidores no alcanzaban á comprender la naturaleza de sus sentimientos. Cautelosa y previsora algunas veces, imprudente é indiscreta otras, tan pronto dulce y afectuosa como colérica y vengativa, cínica en la espresion de sus amorosas pasiones ó sublime en su abnegacion y generosidad, la princesa de Eboli era un enigma eterno en la imaginacion de los cortesanos.

A dar cuenta ó á descansar de sus victoriosas campañas y de los trabajos de sus gobiernos volvía á temporadas á Madrid el duque de Alba. Con asiento en su consejo de Estado, gustaba mucho el rey de escuchar su parecer en los casos difíciles, ya por la franqueza enérgica con que lo esponía, ya por la alta esperiencia del antiguo y afamado capitan. Tranquilo con el testimonio de su conciencia, severo en el desempeño de sus obligaciones y con ideas caballerescas acerca de los deberes de un vasallo, el duque de

Alba no comprendía que nadie pudiese poner su fidelidad en duda, y así nunca adulaba ni tomaba parte en las intrigas palaciegas. El hábito del mando supremo habia impreso en su semblante un sello de altivez que aumentaba su austeridad acostumbrada. Su genio despreciativo y un tanto intolerante solo cedía al ascendiente del rey, cuya superioridad intelectual é inexorable carácter acataba con supersticiosa veneracion. Risueño y alegre por acaso, derramaba su buen humor en crudos y vigorosos sarcasmos contra los cortesanos aduladores. Otras veces se burlaba de la hipócrita devocion de prelados palaciegos; pero su aventurada franqueza nunca irritaba al rey que conocía su intencion y habia puesto á prueba su lealtad.

Ausente casi siempre de la corte, uniendo su nombre á las glorias militares de España, D. Juan de Austria se deslumbraba poco á poco con el esplendor de sus hazañas y la altura de su posicion. Jóven soldado con capacidad y valor para la guerra, entusiasta de la fama de su padre y con toda la imprevision de sus años, abría su ambiciosa imaginacion á las mas extravagantes esperanzas. Agradecido al hermano generoso que lo arrancó de la oscuridad clerical á que le condenaba su destino para elevarlo á la posicion mas brillante de Europa, daba oídos sin embargo á pérfidos consejeros que le

pintaban, como fácil empresa, la adquisicion de una gran corona y la realizacion inmediata de la inmensa monarquía que soñó el Emperador. Con fondo de buenas inclinaciones, pero ligero y algun tanto vanidoso y altivo, daba continuamente motivos de queja á su hermano que perdonaba sus imprudencias y le proporcionaba en cambio nuevos laureles. Su pretension dominante era que le pudiese el rey casa de Infante de España; en su escusable ambicion olvidaba la bastardía de su nacimiento, y no escuchaba el secreto que se contaban al oido los cortesanos sobre el misterio vergonzoso de su origen.

De confesor del desventurado príncipe D. Carlos habia pasado fray Diego de Chaves á dirigir la conciencia del monarca. Con conocimientos casi exclusivamente teológicos, de buenas costumbres pero de escaso talento, figurábase el buen padre que dominaba á su augusto penitente, sin ser mas que el primero de los instrumentos en sus manos hábiles y poderosas. Si bien ofrecia su mediacion para todos los negocios, no sabia sin embargo de los asuntos del estado mas de lo que á los designios de Felipe convenia.

Atendible por el aprecio con que le distinguía el rey, el conde de Chinchon no ocupaba ningun destino importante en la administracion del reino. Sus conocimien-

tos eran muy escasos, vacilante y débil su voluntad, limitado y torpe su talento. Habíase educado en compañía de Felipe quien nunca olvidó á su antiguo condiscipulo dándole constantemente un lugar á su lado. Ocupóle sin embargo pocas veces y solo en lo que podia facilmente desempeñar, pues solia decir que no todos los estómagos eran capaces de digerir las grandes fortunas; y que no se corrompia tan pronto ni se reducía á alimento ruin una mala vianda, como las honras escesivas en un alma sin merecimientos.

Tales eran los personajes mas influyentes de la corte española cuando entró Antonio Perez al servicio del rey: con ellos habia de tratar todos los dias, sea discutiendo los negocios del estado, sea comunicando las órdenes especiales del monarca. Los otros Secretarios encargados de los diversos ramos de la administracion, el presidente del consejo de Castilla, el arzobispo de Toledo, el cardenal Granvela, el clérigo Hernando de Escobar, Rodrigo Vazquez y el marqués de los Velez tuvieron épocas mas ó menos largas de favor y de influjo, mas nunca tan sólidas y constantes como los personajes nombrados. La grandeza no tenia, como corporacion ni como distintivo, alta importancia á los ojos del rey, que conservaba siempre presentes los últimos consejos del Emperador. Con antiguos privilegios y riquezas considerables,

los grandes de España tenían ciertamente poderosa influencia social, sin alcanzar mas importancia política que la que sus talentos, sus servicios ó su valor les conquistaban.

Príncipes de Alemania y de Bohemia, señores refugiados de Inglaterra y Francia, magnates de Flandes y de Italia que traían á Madrid sus negocios y pretensiones, todos los elementos inquietos de la primer capital del mundo se chocaban y bullían al pie del trono de Felipe; y en la primer grada, levantado sobre tantas antiguas ambiciones, luchando con tan poderosos rivales, en medio de afamados palaciegos y al lado de los príncipes, supo sentar su firme planta el joven y novicio ministro, sin otra brújula que su talento, sin mas antecedentes que su audacia, sin otro apoyo que el reciente aprecio del mas hábil y temible de los soberanos.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

LA VISITA NOCTURNA.

En la aldea de Azpeitia en Guipúzcoa vivía un hombre feliz, querido de todo el pueblo, el señor Gurrecoa, antiguo carpintero que había hecho gran fortuna en Chile: amante de la buena comida, del buen vino, y de chimenea caliente en el invierno, hubiese sido perfecta su dicha sino le hubiera dotado

el cielo con una muger descontentadiza y gruñona, para enseñarle que una felicidad completa es imposible en el mundo.

En las largas horas de una noche oscura y fria del mes de noviembre, estaba sentado Andrés Gurrecoa en sillón ancho forrado de cuero: la leña chisporroteante brillaba en la chimenea, cuyo ángulo derecho ocupaba él con los pies: su gato negro rascaba en sus pantorrillas sus orejas: un vaso enorme, hacia poco lleno de chacolí, pero que ya no contenía mas que una cucharilla de azúcar, estaba á su lado en un velador. La muger de este ciudadano había ido á visitar á su comadre de enfrente, y él sin duda para llenar el vacío que su ausencia le dejaba, se había hecho servir una cena copiosa que se preparaba á dixerir en santa y envidiable paz.

Un golpe violento dado en la puerta, le hizo salir del letargo en que estaba ya sumergido. Su primer pensamiento fué que su muger volvía inesperadamente y de propósito para interrumpir el estado de beatitud, que lejos de ella gozaba; pero la tranquilidad de su gato, cuyo instinto le advertía siempre de tan temible aproximación, le convenció de su error: preguntábase á sí mismo quien podría incomodar á aquella hora á un habitante respetable de Azpeitia, cuando redoblaron los golpes.

—¿Quién está ahí? gritó acercándose á la puerta con mal seguros pasos.

—Abra vd. pronto, gritó una voz desde afuera.

—Abra vd. pronto, está bien dicho: pero tambien es preciso que sepa yo quien quiere entrar á estas horas en mi casa: podría vd. ser un ladrón. Mi vecino Bentelengoa.....

—Maldito sea Bentelengoa!... Déjeme vd. entrar, caramba...

—¿Que le deje á vd. entrar, hé? y para qué le he de dejar entrar á vd. señor mío? me parece que á donde está vd. no se halla mal.

—¿Quiere vd. abrírmelo, si ó nó? res-

pondió el extranjero levantando la voz con aire de autoridad.

—No.

—¿Es contestacion definitiva?

—Sí.

—Vamos á verlo.

Al hablar de esta manera, se puso el extranjero á llamar con tanta aspereza y con tales golpes con su baston, que Andrés Gurrecoa, temiendo las consecuencias de este escándalo, creyó preferible entrar en composicion. Empezó á mirar por el ojo de la llave á ver si distinguia la facha de aquel hombre: pero la oscuridad de la noche le impedía ver nada. Entreabrió entonces la puerta y dejó entrar á su obstinada visita, que se dirigió al punto hacia la sala, se sentó sin etiqueta en el sillón de Gurrecoa, y le dijo con tono de confianza.

¿Qué tal vá, maestro Andrés? Mala noche hace, ¿no es verdad?

—¡Andrés! ¿y quién le ha dicho á vd. mi nombre? respondió el ciudadano levantando muy picado la vista.

—Difícil seria estar cuatro días en Azpeitia sin oír hablar del rico Gurrecoa, dijo el extranjero inclinándose cortésmente la cabeza.

—Verdad es, dijo el otro con mejor tono y mas dulzura. Pero dígame vd. amigo mio, lo que le trae á mi casa, y antes de hablar, si dejase vd. ese sillón para tomar esta silla...

Y al mismo tiempo le empujaba una silla vieja con remates de caoba.

No, no, gracias! dijo el extranjero, estoy aquí perfectamente.

—¡Por la Virgen y todos los santos! devuélvame vd. mi sillón, dijo Andrés, pegando una patada en el suelo.

—No haré tal á fé mia, respondió tranquilamente el extranjero.

—Es vd. un hombre original, dijo Gurrecoa, tomando la silla vacante y riendo á pesar suyo de la imperturbable calma de su interlocutor.

Este nuevo personaje tenia ojos verdosos y penetrantes y una boca inmen-

sa; su pecho ancho y levantado denotaba una fuerza corporal poco comun: sus piernas parecian un paréntesis: sus grandes orejas muy coloradas salían paralelas por ambos lados, como las ruedas de un barco de vapor. Nada de particular tenia su vestido, llevaba pantalones negros, un sombrero de ala ancha y botas rotas. Cuando Andrés Gurrecoa hubo examinado de pies á cabeza al desconocido, le preguntó de nuevo qué le traía á su casa.

—Poca cosa, respondió éste: vengo á que me dé vd. de cenar.

—En este caso va vd. á llevarse chasco, amigo mio.

—No lo creo.

—No lo créé vd.? lléveme el diablo si encuentra vd. en mi casa esta noche un bocado con que entretenir los dientes; mis criados han salido y está vacío mi aparador.

—¡Bah! bah! maestro Andrés, le pido á vd. de cenar y le digo que cenaré.

—Pero si le repito que nada tengo que darle....

—Vamos, Gurrecoa! ¿qué me cuenta vd.?

—¿Y quién le ha dicho á vd. que es mentira?

Oh! replicó el extranjero, inclinándose como la vez primera, nadie vive tres días en Azpeitia sin oír hablar de Andrés Gurrecoa y de lo bien que se trata.

—Ya me lo ha dicho vd. amigo mio: pero, créame, yo no soy hombre á quien se seduce con lisonjas.

El bueno del ex-carpintero mentía al hablar así: las lisonjas no dejaban de tener efecto sobre él, y su vanidad no pudo resistir largo tiempo á los finos cumplimientos del desconocido que tuvo pronto delante de sí una copiosa cena. Andrés que le contemplaba abrió unos ojos enormes; pues nunca habia encontrado gloton de aquel calibre: era un tiburón, un avestruz, un poeta hambriento. Cuando todo lo que trajo

Andrés hubo desaparecido, el desconocido llenó su vaso por vigésima vez cuando menos y le vació á la salud de nuestro ciudadano, reclinándose después en su sillón con el aire satisfecho de un hombre que acaba de cumplir un deber sagrado.

—¿Qué tiene vd. Andrés? dijo á su huésped ¿á qué ese semblante atónito?

—¿Tengo el semblante atónito? respondió Nicolás. Pero no importa. dígame vd. qué va á hacer de ese hueso de jamon que tiene en la mano?

—¿Qué voy á hacer? bueno está: trágame!...

—Tragarlo! por el amor de Dios, ¿qué clase de estómago es el de vd.?

—Ah! ah! ¿qué vale este huesecillo de jamon! Hubo un tiempo, Andrés, en que andaba vd. por Azpeitia sin dinero y sin hogar: no hubiese vd. despreciado entonces un hueso como éste.

Pocos grandes hombres gustan de que se les recuerde su pasado abatimiento, y Andrés Gurrecoa era más que otro alguno, sensible en este punto. Lanzó al desconocido una mirada furiosa y le dijo. «Debiéra vd. recordar que soy un ciudadano de Azpeitia y que no puedo tolerar atrevimiento semejante. Si no puede vd. contener su lengua, haría mejor en abandonar mi casa.

Ah! ah! exclamó el extranjero riéndose á carcajadas: ya se ha montado vd. en cólera! cálmese vd., cálmese vd. si le importa mi estimación.

—Su estimación de vd.! Es vd. en verdad el ente mas desvergonzado que he visto, dijo el ex-carpintero mas irritado cada vez con la original conducta de su huésped.

—Fuera insolencias, Andrés, ó le corto á vd. las narices.

Y antes que Andrés hubiese tenido tiempo de responder á este nuevo insulto, tragóse el desconocido el hueso de jamon. El pobre Gurrecoa, petrificado, no pudo decir mas que esto. «A fé mia nunca vi... es posible? Ah, santo Dios!

qué bocado!» y permaneció inmóvil considerando al hombre inesplicable que enfrente tenia.

Como nada habia ya comestible en la mesa, figuróse con bastante probabilidad que el extranjero se decidiria al fin á partir: iba á echarle una indirecta sobre ello, cuando aquel tomó la palabra.

—El hueso de jamon ha aliviado algo mi necesidad, maestro Andrés, dijo con un tono muy sério, pero ¿dónde está la cena?

—Si acaba vd. de devorarla como un buitre!

—¿Qué! á eso llama vd. una cena, Andrés: vamos, vd. se burla. Cierto estoy de que tiene vd. aun reservadas una porción de cosas excelentes.

—Palabra de honor, mi aparcador está ya vacío: no tengo nada, absolutamente nada: que me lleven los diablos si lo que le digo á vd. no es verdad.

—En ese caso vaya vd. pronto á buscarme algo: no faltan tiendas de comestibles en Azpeitia, y tengo una hambre devoradora. Ea, tome vd. su sombrero y marche sin tardanza.

—Pero si ya á estas horas están cerradas todas las tiendas, dijo el pobre Andrés, nada querrán darme ni por caridad ni por dinero: y luego oiga vd. como cae la lluvia azotando los cristales.

—Verdad es, el tiempo no está muy sereno; pero ¿qué importa? no puede vd. querer que me muera de debilidad. Vamos, salga vd. maestro Andrés: lo que me sorprende es que vacile vd. un instante...

¡Ahorcado sea yo, si me mengo! dijo Gurrecoa cansado de tanta porfia.

El desconocido respondió con una carcajada que tenia visos de satánica á la protesta de Andrés.

—Escúcheme vd. le dijo; el reloj vá á dar las once: si le encuentro á vd. aqui cuando suene la primer campanada, le degüello. Y al hablar de esta manera, cogió un cuchillo que estaba

en la mesa y se puso á afilarlo en la suela de sus botas.

—Pero ¿por qué no va vd. mismo? murmuró el pobre viejo.

—Quiere vd. chancearse, Andrés, al hacer proposición semejante á flor tan delicada como yo. Luego añadió con voz de trueno. «Vamos, marchad, pronto, fuera, va á dar la hora»... Levantóse al mismo tiempo y se puso á blandir el cuchillo con terrible ademán.

—Deténgase vd. deténgase vd.... estoy perdido, gritó Andrés Gurrecoa, que agarró como pudo su sombrero y se lanzó fuera de la casa.

Hacia como he dicho antes un temporal horroroso: la lluvia caía á mares, el aire estaba helado, y á los dos pasos no se veía gota. El pobre Gurrecoa con la cabeza medio desarreglada por la escena que acababa de tener lugar, se puso á correr por la calle sin saber á dónde iba. A alguna distancia de la casa se paró para cobrar aliento, pero oyó ó creyó oír la voz del desconocido que se acercaba, y volvió á correr con todas sus fuerzas; al fin, alcanzó la calle en que vivía su amigo Pedro Bentelengoa, y viendo luz en su alcoba, acercóse á la casa y llamó. Algunos minutos despues abrióse una ventana, una cabeza con gorro de dormir apareció un instante, retiróse en seguida, y la voz de Bentelengoa murmuró temerosamente. «¿Quién es?»

—Soy yo, es Andrés Gurrecoa: no me reconoce vd. amigo mio?

—Vd., Andrés Gurrecoa!... Imposible!... Andrés Gurrecoa es un hombre respetable que no andaría así llamando á las puertas á media noche.

—Dígole á vd. que soy Andrés Gurrecoa... amigo, escúcheme vd.

—¿Es vd. en efecto Andrés Gurrecoa? replicó Bentelengoa que había reconocido la voz de su amigo. «Esto si que es raro: ¿qué me quiere vd. Andrés?

—Vengo á cenar, respondió el excarpintero.

—Cenar á estas horas! ¿no ha ena-

do vd. todavía?

—Ha entrado un quidam en mi casa que ha tragado cuanto tenía, hasta el hueso de un jamon. Por Dios, ábrame vd. Ah! hele aquí, se acerca, le oye vd?

—¿V quién, quien pues? preguntó impacientado Bentelengoa.

—El cuchillo... No, el hueso del jamon, quiero decir, el que se ha tragado el hueso del jamon.

—Ah! Andrés, eso no está bueno, replicó Bentelengoa, vd. ha bebido, amigo mio, vuelva vd. á su casa... yo le llevaria, pero llueve mucho y tengo un fuerte catarro que me impide salir. Como se ha compuesto vd. á quien yo creia tan juicioso.... y su muger de vd. ¿qué pensará? En fin, el mal está hecho.

Y con esto Bentelengoa cerró la ventana y se metió en la cama.

El pobre Andrés se alejó tristemente; llamó á otra puerta y no fué mas dichoso que la vez primera. Acordóse por último que una vieja soltera amiga de su muger, y llamada Sinforosa Crespo, vivia cerca de allí. Dirigióse hácia la casa y llamó muchas veces. Iba á retirarse, cuando oyó una voz colérica que preguntaba la causa de tanto ruido. Pronunció su nombre y pidió un asilo; pero figurándose la vieja que Satanás habia inspirado deseos culpables al pobre Andrés para seducirla, le espetó un largo sermon para probarle la villanía de su conducta.

—Hombre! hombre! señor Andrés, gritaba, y que dirá su honrada muger de vd.... Un hombre de su edad!.. Nunca me lo hubiera figurado de vd.... Aprovecharse del mal tiempo para tratar de seducir á una doncella indefensa! Qué horror!

—Caigan sobre tí las siete plagas de Egipto, vieja local murmuró entre dientes el pobre Gurrecoa que perdió la esperanza de hallar abrigo. La horrorosa perspectiva de pasar la noche espuesto al frio y á la lluvia le inspiró una resolucion desesperada, la de volver á su

casa y vender caro su vida si de nuevo estuviere amenazada. Se dirigió pues hacia su puerta, penetró dentro de la sala y vio á su enemigo que dormía profundamente en su sillón. Aprovechándose de esta circunstancia, cogió Andrés las pinzas de la chimenea é iba á descargar un golpe en la cabeza de su enemigo, cuando éste se despertó, dió un grito que hubiera podido oírse á dos leguas de distancia, y evitó el golpe. Andrés dejó caer las pinzas y se puso á correr cuanto podía, perseguido por el diablo, pues él era quien se había introducido en su casa bajo el exterior de un hombre. Recorrió el pueblo en todos sentidos, huyendo como un loco para librarse de su perseguidor: tan pronto se metía en un montón de lodo, tan pronto tropezaba contra el poste de un reverbero sin que nada pudiese detener su carrera. Al volver la esquina de la plaza fué á dar con la cabeza en el pecho de un infeliz, la única persona que hasta entonces había visto: era un buen amigo que volvía á su casa con capote y espejuelos en las narices: enviolo á rodar diez pasos en la corriente, y no se paró para levantarlo, pues su enemigo le seguía de cerca gritando: «Bravo, Andrés, bien se corre: ¿quién hubiese creído que un ciudadano de Azpeitia gordo y barrigón como vd. había de ser tan ligero?»

Atravesaron así la ciudad de un extremo á otro, después aldeas, y al fin llegaron á la pared de un cementerio situado á legua y media de Azpeitia. Hacía muchos años que pasaba este lugar por de mal agüero: decíase que los duendes y fantasmas le visitaban, y nadie después de ponerse el sol se atrevía á pasar por sus inmediaciones. Al llegar á este sitio maldito que hacían mas lúgubre el triste y monótono vaiven de los cipreses y la pálida claridad de la luna que salía lentamente de entre las nubes, el pobre Andres sintió un temblor convulsivo de pies á cabeza; pues conocía bien el fatal cementerio. Trató muchas veces

de alejarse, pero en vano: una fuerza superior le llevaba á aquella pared. Viendo que se negaba á pasar adelante, lanzóse su perseguidor sobre su espalda, montóse encima, abrazó su garganta, y se puso á espolearle tan vivamente las caderas con sus talones, que el pobre Gurrecóa saltó la pared con una ligereza que hubiese avergonzado al mas hábil de los titiriteros.

Apenas entró en el cementerio, hallóse Andres libre de su perseguidor que desapareció como por encanto: pero le faltaban otras pruebas que sufrir. Vióse de repente cercado de objetos fantásticos y asquerosos, los sepulcros se movían, pasaban espectros á su lado, horribles esqueletos le lanzaban espantables miradas, por todos lados los duendes mezclados con brujas de barba blanca formaban bailes grotescos acercándose cada vez mas. Los dientes del pobre Andres se entrechocaron convulsivamente, un sudor frio inundó su frente, sus miembros temblaron de espanto. En aquel instante, vió en un rincón solitario á un sepulturero que cavaba una huesa. La vista de un hombre, de un semejante, dió temple á su valor y tuvo fuerzas para acercarse: pero ¡oh dolor! ¿qué fué de su esperanza al reconocer al desconocido! Este arrojó su azada, y dando un paso hacia el desventurado, le gritó con voz de trueno: «bien venido seas, Andres!» Sonó al punto la campana de la iglesia derruida y millares de voces sobrenaturales repitieron estas palabras: «bien venido seas» y una legión de demonios tan materiales como un correjidor de Guipúzcoa se precipitaron hacia Andres para arrojarlo en la zanja.

Aunque debilitado con tantas y tan diferentes emociones, Andrés no era hombre de dejarse enterrar vivo, sin decir esta boca es mía: un buen ciudadano al pie de una pared es un animal peligroso, defendióse con energía, pero ¡ay! ¿qué puede un hombre contra millones de espíritus? Poco á poco le fueron abandonando sus fuerzas y un

golpe terrible que le pegó el desconocido le hizo caer de cabeza en la zanja. Hundióse, dando vueltas con suma rapidez: millares de relámpagos pasaron ante sus ojos, millares de campanas sonaron en sus oídos, ahullidos de perros, silvidos de serpientes, gritos de buhos, saludos diabólicos, le persiguieron largo tiempo: aturdido, casi loco, gritó con todas sus fuerzas: socorro! socorro! ladrones! fuego! y se despertó.

Hallóse tendido en el suelo, su gato yacía á su lado medio despachurrado y maullando melancólicamente.

Uff!! que sueño tan espantoso!

FELIX ESPÍNOLA.

Una audiencia.

Como silencioso espía
Sentado en un banco verde
Dó la paciencia se pierde
Estaba yo cierto día.
De aquellos grandes escaños
Verde es el color sin duda
Para que la jente acuda
A recibir desengaños.
En el asiento á que aludo
Como en él me senté aposta,
Me propuse á toda costa
Ver, oír, y hacer el mudo.
Desde allí via una mesa,
Tres mampáras, dos tinteros
Un pupitre, seis porteros
Y por brasero una artesa.
A juzgar por el carbon
Que en el tal brasero ardía,
Bien poca es la economía
Que tiene allí la nación.
En los bancos de los lados
Divisé varios señores
Chicos, medianos, mayores,
Unos de pié; otros sentados.
Inferí lógicamente,
Por lo que llegué á entender,
Que iba al instante á tener
Una audiencia aquella jente.

Suena un coche: alzanse todos,
Y al gritar con diligencia
Un portero, «su esclencia.»
Forman muralla de codos.
Que la prontitud es sola
Para conseguir buen puesto
Y el que allí es torpe ó modesto
Todo el día come cola.
Diez minutos pasarían
Cuando un gran campanillazo
Anunció llegado el plazo
De la audiencia que querían;
Y abriéndose una mampara
Con prontitud y fragor,
Salió el portero mayor
A lucir su linda cara.
Cual despedida saeta
Salió á mostrar con afán
Su cara de cordobán
O mas bien diré baqueta.
Dos filas: orden, prudencia,
Que aquí ruido no se mete:
Dijo el ministril corchete
Al comenzarse la audiencia.
Pase vd. que á vd. le toca
D. Luis Cosme Sisebuti;
Y entró D. Cosme de luto
Abriendo un palmo de boca.
«Beso á vucencia la mano:
Dijole el hambre ambulante.
Hoy señor, en este instante
He perdido á un buen hermano.
—Qué dice vd.?—Que es muy cierto.
—Pues cómo?...—Por no tener
Ni él ni yo con que comer,
El fué mas debil y ha muerto.
Y de dolor traspasado
Vengo humilde á suplicar
Que se me mande pagar
Lo que gané de empleado.
Estoy muy pobre, he sufrido
De fortuna mil reveses,
Y despues de treinta meses
Ni un real solo he percibido.
—No hay un cuarto en el erario.
—Señor...—Que espera la jente.
Yo le tendré á vd. presente.
—Por la virgen del Rosario!.....
—¡Qué pesadez! — Media paga:
Para comer hoy siquiera,

Que el hambre no tiene espera.
 —Es nulo cuanto yo haga.
 —¿Cómo ha de ser! fué diciendo
 Al retirarse don Luis,
 Tan solo en este país
 Pudieran verme muriendo.
 Para servir á vucencia,
 Dijo á poco don Damian,
 Forrado en un barragan
 Por respeto á la decencia.
 ¿Hasta cuando, señor mio,
 He de andar que voy que vengo
 Con la justicia que tengo
 Haga calor ó haga frio?
 ¿Es cosa de atravesar
 Cada día esa plazuela (1)
 Que rompe toda la suela
 Que se puede uno calzar?
 Señor, yo he sido depuesto
 De mi destino de rentas
 Por haber dado mis cuentas
 Faltando un pequeño resto.
 El resto le cobré ya,
 Lo pondré en tesorería,
 Pero tanta felonía
 ¿Sin castigo á quedar vá?
 —¿Qué quiere vd. que haga en eso?
 —¿Así vucencia me habla?
 Dar órden á raja tabla
 Para que le pongan preso.
 Que me resarza los daños
 De mi ida á Valladolid,
 De haber venido á Madrid
 Debiendo estar en los baños.
 Y el viage á Sacedon
 Ha de abonarme tambien.
 Vucencia así obrará bien
 Por ser conforme á razon.
 —¿Tanto pide vd?—Bien poco
 Es lo que á vucencia exijo,
 Pudiera ser mas prolijo
 Sin estar por eso loco.
 He servido dignamente
 Cincuenta años en Hacienda,
 Y entienda, vucencia, entienda
 Que entré á servir de escribiente.

A puertas fuí destinado
 Por el principe Godoy
 Y á fé de Damian que soy
 Cumpli como un empleado.
 Fuy tambien provisionista
 De las tropas de Castaños
 Y otros tres ó cuatro años....
 —Ay Jesus! No hay quien me asista!
 —Llegó la Constitucion
 Y entre costales y harinas
 Me echaron á Filipinas
 Por una equivocacion.
 Despues volví: ya se vé
 Y como estaba inocente,
 Manifesté claramente
 Lo injusto que aquello fué.
 —Está muy bien.—No señor.
 —Véngase vd. otro día.
 —¿Hacerle esta picardía
 A todo un interventor!
 —Será el primer espediente....
 —¿Qué papel ni calabaza,
 Sino se formó ni hay traza,
 ¿Cómo ha de hallarse corriente?
 —Pues será vd. colocado
 En un destino de ascenso.
 (Este es loco segun pienso
 Bastante ha sido empleado).
 Muy felices, Fernandito,
 Díjole al que entró despues;
 Vuestro nombramiento es
 Este que tengo aquí escrito.
 —Me bajo del Tilburí
 Y me aguarda mi lacayo:
 He venido como un rayo
 Para irme al punto de aquí.
 Y bien, ¿el destino mio?
 —La intendencia de Sevilla.
 —Ese destino me humilla;
 Es poco segun mi tio.
 —Pues que señale el que quiera
 Con toda sinceridad
 Que haré que su magestad
 Deje al que lo ocupe fuera.
 Yo quiero al duque servir
 En cuanto á poder alcance.
 —Mil gracias.—A todo trance.
 —Agur: se lo iré á decir.
 Y con la fusta en la mano
 Y sonando las espuelas

(1) La de palacio en invierno.

Iba que echaba las muelas
El agreste cortesano.
—Buenos días....—Adelante.—
—Soy doña Inés Gumersinda....
(Era una chica muy linda
Blanca, jóven, incitante).
—Que vengo á ver á vuecencia....
—Deje vd. el tratamiento
Tome vd., señora, asiento
Aunque se alargue la audiencia.
—Con el fin de que me diga
Si es cosa que puede ser....
—Todo lo sabré vencer
Para que vd. lo consiga.
—Darme alguna habitacion
En suprimido convento.
—Aunque vd. pidiera ciento
Segun la Constitucion.
Será vd. huérfana; ¿no?
—Soy hija de un capitán.
—A las sargentas se dan,
Como he de negarme yo....
Diga vd., Gumersindita....
Acerquese vd., señora,
Que nadie ha de entrar ahora,
¿Podré hacerle una visita?
—¡Ay señor! tanto favor
No podia yo esperar....
—Yo soy el particular
Que recibirá ese honor.
El número y calle, ¿cual?....
—El número tres, y vivo
En la calle del Olivo
En un cuarto principal.
—¿Y la hora mas segura....
—Me marcho: á eso de las tres.
—Hora de despacho es....
Pero la nacion no apura.
Y por seguirla se afana
Con el alma y con la vista.
No hay ministro que resista
A una buena ciudadana....
Entró despues un patriota
Que gran vigote disfruta
Aire noble, cara enjuta,
Con la pierna izquierda rota.
Al decir rota es seguro
Que no le iria colgando,
Sino que el hombre iba andando
En una de palo puro.

—Estoy de venir cansado
Hoy dos veces, una anoche;
Y para un cojo sin coche
Es esto ya demasiado.
—¿Y qué quiere vd.?—Volver
A mi destino anterior.
—¿Cual era?—Administrador....
—Me acuerdo. No puede ser.
—¿No hay mas que quitar empleos
Sin respeto á la justicia
Mérito bolland y pericia
Por dar gusto á los deseos?
Los años que he consagrado
De servicio á la nacion
¿Por ventura es la razon
Con que vd. me lo ha quitado?
—¿Qué quiere vd. que le diga?
Soy ministro, eso es verdad,
Mas quiere su Majestad
Que otro el destino consiga.
—Su Magestad!... Ya lo creo.
¿Buscaré mas desengaños!
Una niña de ocho años
Irá á quitarme el empleo.
—Váyase de aqui.—Ya voy.
—Pronto, al instante, ligero.
—Despacio señor....—Portero,
Que nadie mas me entre hoy.
No hay mas audiencia fue el grito
De tantos alli esperando.
No hay mas repitió cerrando
Aquel portero maldito.
Cada cual su maldicion
Echó sin causarle empacho.
Al ministro, á su despacho
Y aun á la Constitucion.
No se puede esto sufrir,
Señores, decían todos,
¿Han visto vds. que modos
Tan bruscos de recibir?...
Todos tienen que aguantar,
Digo yo, que causa tienen
Unos porque van y vienen,
Otros por tanto escuchar.
En fin, si vale el severo
Voto de estrecha conciencia,
Iba yo antes que á una audiencia
A presidio un año entero.
Que toda esta algaravía
Sentado en un banco verde



Dó la paciencia se pierde
Estuve viendo yo un día.

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

LICEO.

La sesion del domingo último, como primero de mes, estuvo dedicada á los *premios de improvisacion*, y tomaron en ella parte los señores Alegre, Breton de los Herreros, Madrazo, Beson, Elipe y Vega de la seccion de literatura; los señores Gomez, y Ortega, y las señoritas Odena y Villaurrutia de la de pintura; el señor D. Francisco Perez de la de escultura, y D. Justo Moré de la de música.

Los asuntos designados por la suerte eran para la primera seccion UN SONETO á las tres señoras facultativas que hacen de jueces del concurso y distribuyen los premios, que consisten este día en unos ramos de flores naturales. La composicion debia hacerse en un tiempo limitado con los siguientes consonantes forzados: *casco, fruto, atributo, peñasco, Velasco, luto, escorbuto, chasco, blasfemia, magia, academia, presagia, epidemia, hemorragia*.

D. Ventura de la Vega fué el que obtuvo el premio concedido al siguiente

SONETO.

Anque poeta soy duro de *casco*
Aqui os presento de mi musa el *fruto*
Y espero no tengais por *atributo*
Corazones mas duros que un *peñasco*.

Cuidado que soy Vega, y no *Velasco*;
Si me olvidais me cubrireis de *luto*
Que prefiero tener un *escorbuto*
A quedarme sin ramo: vaya un *chasco*!
Y decidme, ¿no fuera una *blasfemia*

De este soneto despreciar la *majia*,
Ah! ya veo propicia esta *academia*!

Ya el rostro de esas bellas me *presagia*
Que en medio de esta métrica *epidemia*
Vendrán flores á mi, como *hemorragia*.

El asunto para la seccion de pintura era un cuadro que representase á Ulises reconocido por su nodriza, y el premio lo obtuvo D. Antonio Gomez.

A la seccion de escultura le tocó un bajo relieve que representase una visita de Carlos V á Francisco I en la torre de los Lujanes y fué premiado don Francisco Perez.

De los sócios designados por la 6.^a seccion como dignos de optar al premio, fué agraciado por la suerte, don Joaquin Marraci y Soto.

La medalla de asistencia, que se sortea entre todos los artistas que toman parte en las sesiones, tocó este día á D. Francisco Perez.

El domingo 18 del corriente, día en que se trasladarán los restos de nuestro célebre poeta dramático D. Pedro Calderon de la Barca, se celebrará una sesion de competencia, extraordinaria, con el objeto de corresponder el LICEO como debe al justo tributo que merece tan esclarecido ingenio. Temarán parte en ella las secciones de música y declamacion representando la comedia titulada *Casa con dos puertas mala es de guardar*, y una loa escrita al intento por el sócio D. Ventura de la Vega.

El presidente de la quinta seccion D. Mariano Martin ha tenido la bondad de componer la música con que está adornada dicha pieza que cantarán los individuos de la seccion de música.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO